

*Recepción de la literatura  
ecuatoriana actual: entre  
tradicción y movilidad cultural*

WILFRIDO H. CORRAL

## SUMARIO

### 1. UNA TRADICIÓN NUEVAMENTE RECUPERADA

La invisibilidad de la literatura ecuatoriana. La recepción de la narrativa ecuatoriana actual y el cambio de siglo. Más que una querrela entre realistas y experimentales.

### 2. LA ESCRITURA ECUATORIANA Y SU TRADICIÓN RECIENTE

La nueva literatura nacional de resistencia. La recuperación tardía de Alicia Yáñez Cossío y Lupe Rumazo.

### 3. ¿PRIMUS INTER PARES?

Las guerras culturales y las políticas de la identidad en la literatura. La narrativa *gay* y afrodescendiente. La recepción digital de obras y autores nuevos. La falta de diálogo entre la crítica.

### 4. DEL GRAN BORRADOR A LA GRAN NOVELA LATINOAMERICANA

El compromiso totalizante con el arte.

### 5. CONCLUSIONES

Los lectores del mañana y los del pasado inmediato. Escribir con fines activistas es poco subversivo.

Una traba de la historia literaria de lo que va del siglo XXI es la relación desigual con tradiciones plurales extraterritoriales, el mundo digitalizado y los prescriptores actuales (agentes, amistades del gremio, editores independientes, ferias, galardones, prensa impresa, redes sociales, traducciones, etc.); negociaciones que implican mayores dificultades para la narrativa “menor” o “pequeña” de países llamados periféricos como el Ecuador. Esas transacciones se complican en la acogida extranjera. En *Viceversa. La literatura latinoamericana como espejo*,<sup>1</sup> aun cuando nota las contradicciones del primer mundo editorial, Constantino Bértolo desconcierta al referirse a “países de peso ligero como Ecuador, Bolivia, Honduras, Venezuela y demás”, sin examinar diferencias o proveer datos sobre los avatares de talentos u obras individuales, o sus circunstancias institucionales, gubernamentales o privadas. Una percepción ecuatoriana se suma a similares pesimismoes, restringiéndose a la narrativa, en particular a la novela.

El novelista Javier Vásconez y el poeta y gran ensayista Iván Carvajal insisten en que la literatura nacional es invisible. Nacidos en la segunda mitad de los años cuarenta, son escritores visibles, y los matices de su reclamo se pierden entre la historia literaria y sus combates sin tregua. Es como suponer que no ha habido nada nuevo desde el compromiso social de los años treinta; o a lo sumo un par de autores actuales que valen la pena, cuando su obra y la de otros contradice esa conjetura. El prosista Diego Cornejo Menacho y el novelista y sociólogo Carlos Arcos Cabrera, nacidos poco después, equilibran esa visión, novelizando la veneración de autores canónicos por una tradición crítica nominalmente progresista, que no progresa en sus explicaciones formularias. Próximo a

1. Constantino Bértolo, *Viceversa. La literatura latinoamericana como espejo* (Barcelona: Paso de Barca, 2018).

la generación actual, Leonardo Valencia es directo al conceptualizar esas tradiciones. Pero autores y autoras con obra exigua y de una generación más o menos milenial se escudan en esas discusiones por otros intereses, cálculo del gremio, porque los desacuerdos crean desconfianza, o porque su querrela es más personal.

En 1968, Jorge Enrique Adoum sentenció osada y contradictoriamente (fue autor de dos novelas) que “El gran ciclo de la novela ecuatoriana termina [sic] en 1949”,<sup>2</sup> agregando que “no se ven [...] nuevos escritores que pudiéramos pensar van a ser los continuadores”.<sup>3</sup> Algunos novelistas y críticos afirman que existe una “falta de respeto” a la tradición realista, como si esta fuera una sucesión de virtudes. Otros, que las novedades son calcos de tradiciones ajenas al país; y que un machismo o sexismo normativo rige su esfera literaria, talante comprobable pero voluble. Entre la crítica académica —mayormente obsesionada por resolver o implantar asuntos de género (sexual), raza o nación—, el consenso tampoco es positivo: 1. se arguye que hay miopía, falta de preparación intelectual general; 2. se crean dispersiones e interpretaciones extravagantes, como textualizan algunas exégesis referidas; 3. el ensimismamiento interpretativo lleva a una crisis de nuevos valores en géneros ya agotados, y tratar de ser razonablemente crítico se percibe como ofensa a las formas cívicas y literarias; y 4. se mantiene que solo cierta crítica foránea resuelve esos problemas coyunturales.<sup>4</sup>

Por condiciones afines, las generaciones posteriores al *boom* buscan otra movilidad cultural, a veces ficcionalizando los tautológicos

2. Jorge Enrique Adoum, “Las clases sociales en las letras contemporáneas de Ecuador”, en *Panorama de la actual literatura latinoamericana* (La Habana: Centro de Investigaciones Literarias —CIL—, Casa de las Américas, 1969), 165.

3. *Ibíd.*, 165.

4. Antonio Sacoto evita esos sectarismos, y su minucioso análisis estilístico tiene validez, aunque jerarquice según relieve, “enorme valor histórico, sociológico, además de literario” [...], voces nuevas prometedoras, y autores que empezaron a publicar tardíamente. Antonio Sacoto, *La novela ecuatoriana del siglo XXI* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana —CCE—, 2015), 49-50. Con criterios antitéticos discute a Leonardo Valencia, Carlos Arcos Cabrera, Gabriela Alemán y Miguel Antonio Chávez. Un análisis actualizado más sofisticado es Antonio Villarruel, “Escrituras postergadas: nueva escritura, tradición crítica y posmodernidad en la narrativa ecuatoriana”, *La Revista*, n.º 78 (Suiza, 2018): 107-15. Toda traducción posterior es mía, excepto donde se indique lo contrario.

consensos mencionados arriba, o sin distinguir que no se puede seguir concentrándose en rupturas y otras negaciones sin ver lo positivo en un país que tiene suficientes problemas con tratar de estar en el canon latinoamericano o en el mundial (*nota bene*: nadie ha ganado una guerra del canon), a pesar de cohabitar con una literatura cuya evolución e historia internacional confirma que no es “emergente”. Con base en la prosa representativa de autoras y autores del entresiglo, y porque las historias nacionales de la novela (el género elegido) añaden poco al diálogo, se sopesan desarrollos y tendencias, culminando con la obra de mileniales que, aun publicada por sucursales nacionales de conglomerados internacionales, es bastante desconocida fuera del Ecuador. En ese contexto, si toda narrativa nueva se pretende rebelde, la ironía de la rebelión es que convierte al rebelde en un sujeto servil de aquello contra lo que se rebela.

Si la fiabilidad del novelista se divide hoy entre lo que escribe y lo que se lee en medios sociales, ¿qué se entiende por tradición y movilidad cultural?

Desde T. S. Eliot, la tradición es un bucle temporal entre la antigüedad clásica y lo contemporáneo, y tan sospechosa hoy como cuando él la definió en 1919. Empero, es una noción menos conservadora y etnocéntrica que la reputación de Eliot, y permite percibir patrones o afinidades a través del tiempo; y reconocer que los autores u obras no adquieren su significado por sí solos, sino por la relación con artistas sucumbidos. Es mórbido, pero como ocurre con varias obras que examino, identifica dos componentes cruciales de la ambición artística: la esperanza de al fin tener una oportunidad de ser inmortal y estar a la altura de una compañía que, por lo general, no requiere tu presencia; visión a la vez desalentadora y realista del crítico A. O. Scott, cuya lectura de Eliot en *Better Living through Criticism. How to Think About Art, Pleasure, Beauty, and Truth*<sup>5</sup> acoco.

Es fácil deshacerse de tradiciones o criticarlas como inventadas cuando la muestra escogida satisface nuestras carencias. Lo inventado, no obstante, provee símbolos de realidades más perdurables y profundas, y antiguos y contemporáneos coinciden al agitar ideas recibidas porque la transmisión cultural requiere instituciones específicas y un espíritu público. Hoy este es generado

5. Nueva York: Penguin Books, 2016.